

Carlos Alarcón Cabrera, *Creer en Hitler. El triunfo de la fe y la sumisión sobre la libertad* (Aconcaqua Libros, Sevilla, 2016)

María Luisa Soriano González

Universidad Pablo de Olavide de Sevilla

En *Creer en Hitler. El triunfo de la fe y la sumisión sobre la libertad*, Carlos Alarcón trata de mostrar la naturaleza cuasireligiosa del vínculo que Hitler consiguió establecer con el pueblo alemán, y resaltar cómo a partir de este vínculo pretendió llevar a cabo una revolución cultural totalitaria forjadora de un nuevo hombre alemán.

Siguiendo a Fromm, Alarcón considera la influencia luterana y calvinista como determinante no sólo para la irrupción del espíritu capitalista, tal como había subrayado Weber, sino también para la aparición de nuevas formas políticas caracterizadas por la sumisión absoluta de la ciudadanía al líder. En tanto que extensión terrenal de la autoridad divina, el poder político fue objeto de un particular tipo de apego por parte del pueblo alemán. Se constituyó así, sobre todo durante el siglo XIX, un entramado autoritario que representó un factor de inhibición que paralizó a la ciudadanía, instándola al sometimiento pasivo ante el emperador. Tras la derrota en la primera guerra mundial, ante la desaparición del Kaiser, las nuevas generaciones se mostraron dispuestas a entregar su libertad a un Führer que los guiaría hasta la gloria. Como analiza Alarcón, el vínculo que enlazó a Hitler con los alemanes derivó del vértigo que éstos sintieron como consecuencia de su conquista de la libertad política tras siglos de autocracia

imperial, de una libertad que tras la derrota en la guerra y la desaparición del Imperio dio lugar a la amenazante revolución espartaquista, a la humillante rendición incondicional sellada en Versalles y a la dramática hiperinflación de los primeros años de la década de los veinte.

Alarcón profundiza en la tesis de Fromm según la cual este vínculo no sólo constituyó una insensata tabla de salvación para los alemanes, sino también para Hitler. Desde un punto de vista psicológico, fue un vínculo simbiótico que se desplegó a través de los componentes sádicos y masoquistas de la personalidad de Hitler, un ser angustiada ante la imposibilidad de encontrar un sentido a su vacía vida, desarraigada y desbordada en la Viena imperial de los años previos a la primera guerra mundial. Alarcón se centra en estudiar la naturaleza de los mecanismos de evasión mediante los cuales Hitler y los alemanes se encadenaron mutuamente como modo de tratar de compensar sus sensaciones de insignificancia, impotencia y pequeñez ante el entorno circundante. Las fracturas emocionales correspondientes favoreció la creación de una compleja red de relaciones de dominio y sumisión entre Hitler y los alemanes que se revistió de un particular tipo de religiosidad. La fe en el Führer encadenó al pueblo alemán acabando con su libertad precisamente en el momento histórico en el que la demo-

cracia empezaba a ser posible, en el que a priori había por fin una cierta libertad externa. De hecho, para Alarcón, la evolución final política y personal de Hitler es lógica, si se vislumbra desde el punto de vista de su sadomasoquismo. Su comportamiento supuso la culminación de un proceso patológico centrado en la necesidad obsesiva de comportarse de forma dañina, contra los demás o contra sí mismo.

Como subraya Alarcón, no fue hasta los sesenta cuando se perdió del todo el miedo a estudiar a fondo la trayectoria vital de Hitler, quizás porque lo que ocurrió había sido tan impactante para sus contemporáneos que provocó que quedaran en cierto modo paralizados intelectualmente. Los primeros trabajos de finales de los cincuenta fueron de autores jóvenes, la mayoría no europeos, y en parte fomentados por la accesibilidad a documentos descatalogados tras la muerte de Stalin. En los sesenta Hitler empezó a *ponerse de moda*, y paulatinamente a *comprenderse* y *humanizarse*, no en el sentido de aplaudir alguna de sus acciones, sino en el de alertar ante las excesivas semejanzas entre el carácter vital de Hitler, marcado por su capacidad destructiva y por su angustia existencial, y el que potencialmente todos los seres humanos podemos llegar a tener. Por eso, como el propio Alarcón reconoce, su tesis puede resultar paradójica. Parte de la *humanidad* de Hitler, pero a la vez estudia cómo muchísimos alemanes llegaron a percibirle como una figura sobrehumana. La *humanidad* de Hitler consistió en una combinación de sadismo destructivo y de irracionalidad masoquista, que contagió a decenas de millones de alemanes que optaron por renunciar a su libertad para someterse a un nuevo dios político-religioso que cubriera

el vacío dejado por el Kaiser y, en general, por la idea de *muerte de Dios* en la modernidad pronosticada por Nietzsche.

Hitler no fue sólo, como señala Alarcón, un sádico con un anhelo ilimitado de dominio y poder que disfrutaba con la aniquilación de seres humanos, ciudades y países, sino que a la vez sus impulsos autodestructivos determinaron en muchos aspectos su comportamiento, y se exacerbaban en los últimos años de su vida, cuando empezó a dar por perdida su *lucha* y tomó todo tipo de medidas contra las propias infraestructuras alemanas. Si Hitler sigue sin comprenderse del todo, es posiblemente porque se ha presupuesto equivocadamente su condición inhumana. Pero su fanatismo se impuso sobre la razón porque la mayoría del pueblo alemán ansiaba angustiado entregar la libertad recién obtenida a alguien situado a un nivel sobrehumano al que poder someterse irracionalmente. Y esa *sobrehumanidad* convivía en Hitler con una *infrahumanidad* derivada de su historia personal, la misma infrahumanidad que precisamente atribuyó arbitrariamente a los miembros de razas supuestamente inferiores.

El libro de Alarcón trata en suma de complementar y desarrollar el análisis que hiciera Fromm en *El miedo a la libertad*, tratando de tener presente los muchísimos acontecimientos de relevancia que han sucedido desde la época en la que vivió Hitler, los cuales han posibilitado alcanzar una mejor perspectiva para analizar las causas por las que es tan difícil el progreso en lo relativo a la libertad humana. Los principales escollos con los que se encuentra el individuo para ser libre no son exclusivamente externos, no provienen sólo de autoridades políticas o religiosas, sino que resultan de la combinación de estos factores externos con los que

internamente ha ido creando según haya sido su relación con el entorno humano y natural desde sus primeros años de vida. Los diferentes modos de afrontar los inevitables dilemas existenciales relacionados con la libertad habían quedado marcados durante el siglo XIX por una tendencia desigual al liberalismo político y por el desarrollo del industrialismo. Pero en Alemania la cultura del luteranismo acentuó la importancia de la dedicación absoluta y frenética al trabajo como mejor forma de cumplimiento de los mandatos divinos, lo que contribuyó a construir seres sumisos ante Dios, y por extensión obedientes ante las autoridades políticas. Así se prepararon los alemanes para reaccionar ansiosa, neurótica e irracionalmente cuando, tras el hundimiento del imperio, un nuevo mesías les prometió un futuro glorioso.

En la parte final de su libro, Alarcón trata de explicar por qué la experiencia nazi no es sólo pasado. Para él, Hitler no fue una excepción histórica, sino que por el contrario el panorama que nos muestra la segunda parte del siglo XX y el principio del siglo XXI está lamentablemente repleto de escenas de destrucción y sadismo generadas en mayor o menor medida por

la necesidad de ser protegidos por figuras autoritarias, por dioses a los que se les quiere porque se les teme, por su implacabilidad y por su capacidad de castigar y ajusticiar. La crisis económica actual ha acentuado y potenciado esta tendencia a renunciar a la *peligrosa* libertad que ha acompañado durante los últimos siglos a las sociedades modernas. Es para Alarcón innegable que en los últimos cien años el estilo de vida americano, inspirado en gran medida en los principios del protestantismo religioso, ha penetrado en el mundo entero. El *fin de la historia* con el triunfo de la economía de mercado, aparentemente incontestable desde la caída del muro, ha supuesto la implantación de una tabla de valores supeditada al propio sistema capitalista. El espíritu de sumisión ante este sistema económico ha impregnado las mentalidades individuales y sociales, sirviendo para que el ser humano pierda la confianza en su capacidad para sobrevivir psicológicamente sin renunciar a su propia integridad y diferenciación personal. Ante todo ello, no está de más volver a exaltar el valor de la libertad, que incluso en las democracias se ha convertido, como la propia vida, en un distinguido privilegio categóricamente irrenunciable.